

alcanzaron. Venecia ni siquiera se atrevió á prestarles dinero, cuanto mas á comprometerse á negar el paso por su territorio á las tropas pontificias ó imperiales. El cuerpo helvético, compuesto de protestantes y católicos, se limitó á guardar una estricta neutralidad. Enrique VIII. de Inglaterra, que acababa de ajustar la paz de Campe con Francisco I. de Francia, les imponía condiciones que le hubieran hecho el gefe y el árbitro de la liga; y el monarca francés no tuvo por prudente concitar otra vez contra sí al emperador y al papa, y tampoco se atrevió á dar favor á los protestantes alemanes.

No desalentó á los confederados de Smalkalde el verse privados de todo auxilio exterior. Eran ya ellos muchos y se sentían fuertes. Contaban con el ardor y el entusiasmo religioso que inspira una nueva creencia cuando se la quiere sofocar violentamente, y así fué que á su llamamiento á las armas respondieron los protestantes del imperio alistándose en gran número, y con estos y con los alemanes que volvían licenciados de Francia á consecuencia de la paz con Inglaterra, llegaron á reunir en algunas semanas un ejército de setenta mil infantes y quince mil caballos, con ciento veinte piezas de artillería. Los gefes de esta confederacion eran el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y los príncipes y ciudades que entraban en la liga eran el duque de Wittemberg, el príncipe de Anhalt, y las importantes ciudades

de Augsburgo, Ulm y Strasburgo. El conde palatino, y los electores de Brandeburgo y Colonia, aunque protestantes, permanecieron neutrales, ó engañados ó intimidados por el emperador; y los hubo, como Juan y Alberto de Brandeburgo y como Mauricio de Sajonia, que profesando el luteranismo siguieron al servicio de Carlos creyendo en sus anteriores palabras de no atacar la reforma.

Aunque el emperador contaba con numerosos cuerpos de tropas de sus dominios de Italia, de Alemania, de España y de Flandes, y con los doce mil hombres de Roma, mandados por Octavio Farnesio, nieto del papa, era difícil su reunion por la circunstancia de hallarse interpuestos los estados protestantes. Había llamado además á don Alvaro de Sande que se hablaba en Hungría con un tercio de cerca de tres mil españoles, en cuyo valor y adhesion tenia su mayor confianza. Pero es lo cierto que se encontró el emperador por algun tiempo sin gente y casi solo en Ratisbona, ciudad en su mayor parte luterana, y que corrió gran riesgo y pudo haberse perdido, si los protestantes hubieran sabido aprovechar tan favorable ocasion para ellos; mas dejáronla pasar, y este fué su primero y mas grave error.

Por el contrario, en vez de obrar con prontitud publicaron un manifiesto á toda la Alemania y dirigieron una carta al emperador (15 de julio, 1546), protestando de su lealtad y sumision como á señor

temporal, y preguntando todavía si tenia algun enojo contra ellos, y si los armamentos se encaminaban á resolver por la fuerza la cuestion religiosa. La respuesta del emperador á esta carta fué un edicto de proscricion contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, gefes de la confederacion protestante, desterrándolos de Alemania y confiscándoles sus bienes, para lo cual se necesitaba una declaracion de la dieta del imperio, no fundando todavía esta medida en motivos religiosos, sino en causas políticas, aunque espuestas en términos generales y vagos (1).

Hízose ya con esto inevitable la guerra de religion en Alemania. La ciudad protestante de Augsburgo habia roto ya las hostilidades, y el veterano Sebastian Scheitel que mandaba las tropas de la ciudad, antiguo aventurero, hombre de humilde estirpe, uno de los que mas se habian enriquecido en el saco de Roma cuando la tomaron los imperiales, y que á favor de sus muchas riquezas habia llegado á ser uno de los grandes señores de Alemania, salió á impedir el paso á las tropas pontificias que se dirigian á Alemania por el Tirol, tomó dos fortalezas que dominaban aquellos desfiladeros, y aun se hubiera apoderado de

(1) Maimbourg, Hist. del luteranismo.—Seckendorf, id.—Sleidan, De statu religionis, etc., ab anno 1547 ad ann. 1555.—Lambert. Hort. de Bello Germánico.—Herbet. Hist. de Lut. VIII.—Rimer, Fœder.—Dumont, Corps Diplomat. IV.—Avila y Zúñiga, Memorias sobre las guerras del emperador.—Robertson, Hist. de Carlos V. lib. VIII.—Sandoval, Historia del emperador, libro XXVIII., pár. 1 al 11.

Inspruck, si el elector de Sajonia no hubiera cometido el error de llamarle, con lo cual quedó al ejército pontificio la entrada libre en Alemania. La desastrosa conducta de los dos gefes de los protestantes, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, que por otro error compartian entre sí la autoridad y el mando, las disidencias que produjeron sus diferentes miras y encontrados caracteres, las envidias, los odios y las desobediencias á que dieron lugar entre los confederados, no solo fueron causa de que el numeroso ejército de los protestantes malograra los primeros momentos que tan propicios se le presentaron hasta para haber arrojado de Alemania al emperador, sino que de intento parecia haberse propuesto dejar que las huestes imperiales que de tan apuestos puntos acudian se reunieran tranquilamente donde mas podian ser útiles. Asi, no solamente el ejército del papa llegó salvo y casi sin tropiezo á Lanshut (agosto, 1546), sino tambien seis mil aguerridos soldados españoles de los formidables tercios de Nápoles. Aunque el ejército imperial era todavía bastante inferior en número al de los protestantes, llevábale ventajas inmensas en la disciplina y el valor de los soldados, en la inteligencia práctica de los gefes, y en la confianza que le infundia la presencia del emperador, el mas activo y el mas hábil de todos (1).

(1) Aquí habia empezado ya á darse á conocer por su carácter duro y severo uno de los generales españoles del emperador, el

Viéronse muy pronto los resultados de estas ventajas. El emperador, que supo aprovechar bien el tiempo que le dieron para aumentar la guarnicion de Ratisbona, se habia trasladado á Ingolstadt, ciudad de Baviera, á la márgen izquierda del Danubio, y establecido allí su campamento, circundado de una pequeña trinchera. Allá se encaminó el ejército protestante en número de ochenta mil hombres, con ciento treinta piezas de artillería. Tal confianza llevaba el landgrave en sus fuerzas, que habia prometido á los coligados que antes de tres meses Carlos V. estaria preso ó arrojado de Alemania. En todas las banderas de los luteranos se leian inscripciones y lemas latinos sacados de las Sagradas Escrituras, alusivos á la lucha religiosa, y escogidos todos para ostentar cierta arrogancia amenazadora, tales como los siguientes: «*Si Deus pro nobis, quis contra nos? Si Deus nos ayuda, ¿quien podrá con nosotros?—In libertatem vocati estis, fratres. Hermanos, llamados sois á ser libres.—Ab Aquilone venient liberatores tui. Del Septentrion vendrán tus libertadores.—Væ vobis, Scribæ et Pharisæi! ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos* (1)»

duque de Alba, que tan célebre habia de hacerse en el reinado siguiente. Cuando el de Sajonia y el de Hesse enviaron al campo imperial un page y un trompeta, según costumbre, para notificar la declaración de guerra, fueron llamados á la tienda del duque de Alba, el cual les dijo, que la respuesta que debia darles el empe-

rador era hacerlos ahorcar, pero que queria hacerles merced de las vidas, pues no se proponia castigar sino á los que tenian la culpa de todo, y les entregó el bando imperial de destierro y confiscacion para que le enseñasen á sus amos. Sandoval, lib. XXVIII., párrafo 43.

(1) *Venite, eamus* (decia otra),

El emperador, que conocia bien la índole del numeroso ejército enemigo, y fiaba en que todo aquel ardor acabaria pronto por destruirse los mismos coligados dividiéndose, se habia propuesto esperar en su campo á ser acometido. Avanzaron en efecto los confederados en orden de batalla; parecia que aquellas masas iban á arrollarlo todo; y sin embargo, el emperador, ordenado su ejército, esperaba tranquilo. Sus generales tenian orden espresa de no romper ni empeñar la accion, y sus soldados, la de permanecer como inmóviles, sin salirse nadie de su línea. Los confederados no se atrevieron á asaltar las trincheras: en cambio, hicieron jugar con estruendo horrible sus ciento treinta cañones, lanzando cada dia al campo imperial ochocientas ó novecientas balas. En medio de tan terrible fuego admiraba ver al emperador recorrer á cubella todas las filas, animando jovialmente á todos, hablando á cada cuerpo en su idioma, y cuidando de que nadie por nada se separase una pulgada de su línea. Los mismos protestantes, con ser alemanes, se asombraban de aquella impasibilidad. Cenando una noche los generales de la liga, tomó el landgrave una copa, y brindó diciendo: «*Schertel, brindo por los que hoy ha muerto nuestra artillería.*

occidamus bestiam magnam cocineam. Venid, marchemos á matar la gran bestia vestida de grana. En otra se leia: *Progenies viperarum, quis vos liberabit á*

ventura ira? Generacion de vivoras, ¿quién os librará de la ira que ha de venir sobre vosotros?—Y así en las demas.

—Señor, contestó Schortel, *yo no sé los que hoy habremos muerto, pero sé que los vivos no han perdido un palmo de terreno.* Finalmente, desesperados los protestantes, y temerosos de que llegara un refuerzo de catorce mil flamencos que iba marchando hácia el campo imperial, tuvieron por oportuno retirarse (1.º de setiembre, 1546), con el desconuelo de haber visto frustrada su primera tentativa, y malogrado todo aquel ostentoso y arrogante aparato (1).

(1) Aconteció en uno de estos días (el 31 de agosto) un caso digno de notarse, como prueba, así del rigor con que Carlos V. hacia observar sus órdenes en el campamento, como de lo que era siempre el génio español en tales lances.

Ya hemos dicho que había prohibido bajo pena de la vida que nadie se descoliese de su fila ni se moviese de su puesto. Esta misma orden había dado á unas compañías de arcabuceros españoles colocadas en el foso para contener la caballería enemiga. Sucedió, pues, que un tudesco, notable por su gigantesca estatura, se acercaba todos los días á los arcabuceros del foso, llamándolos cobardes, retándolos con aire de arrogancia á pelear con él, é insultándolos de palabra y con ademanes y gestos provocativos. Los españoles no podían moverse, con arreglo á la orden imperial; pero Martin Alonso de Tamayo, veterano de los del formidable tercio de don Alvaro de Sande, no pudo aguantar tanto insulto, y dijo á sus camaradas, que aunque le costara la vida, él había de enseñar al soberbio alemán quiénes eran los españoles. Y diciendo y haciendo, soltó su ar-

cabuz, tomó una pica de otro, y á gatas y medio arrastrando por el suelo se salió hasta cuarenta pasos de la línea. Avisaron los centinelas al emperador, y le mandó llamar. Martin Alonso se hizo el sordo, y siguió adelante hasta acercarse al tudesco: entonces se arrodilló y rezó muy devotamente tres Ave-Marias. Creyendo el enemigo que se arrodillaba de miedo, comenzó á mofarse de él: entonces Martin Alonso se levantó, enristró su pica, y apercibió á su contrario para la pelea. Embistiéronse ríciamente los dos soldados hasta tres veces, y á la tercera arremetió el español con tal ímpetu y acierto, que introduciendo la pica por la gorguera del tudesco, le derribó en tierra con toda su mole; saltó sobre él Martin Alonso, y con su misma espada que le cogió, le cortó la cabeza; sacóle del pecho una larga bolsa que llevaba, y con la espada, la cabeza y la bolsa, se volvió á su campo con gran regocijo de los españoles.

Presentóse Martin Alonso al emperador pidiéndole merced de la vida. Pero Carlos, inexorable con los que traspasaban sus órdenes, sin tener en cuenta lo haza-

Ni aun siquiera lograron impedir que se incorporaran al ejército de los católicos los diez mil infantes y cuatro mil caballos que de los Países Bajos conducía el conde de Buren, bien que tuviera este general que salvar mil peligros á fuerza de celeridad y de astucia. Con este refuerzo tomó el emperador la iniciativa, y sin comprometerse en formal batalla emprendió una serie de operaciones que le fueron haciendo dueño de varias ciudades del Danubio, Neubourg, Dillingen, Donawert, Nordlinga, y otras de mas ó menos importancia, y costándole escaramuzas y combates mas ó menos fuertes, generalmente, aunque no siempre, con próspera fortuna, en lo cual invirtió el otoño de aquel año. De tal manera fatigó y hostigó á los protestantes, que sus dos gefes, el elector y el landgrave, tuvieron por bien escribir una carta al marqués de Brandeburgo para que hiciese al emperador proposiciones de paz bajo ciertas capitulaciones que ofrecían en materias de religion. La respuesta de Carlos fué que trataría de paz siempre que antes pusieran en sus manos sus dominios y personas. Volvieronle á escribir, que siendo como era negocio tan grave podían conferenciar sobre ello largamente en

ñoso del hecho, le mandó confesar y que le cortaran la cabeza. Intercedieron por él los maestros de campo y muchos caballeros y capitanes, y aun los nueve mil españoles que había en el campo estaban resueltos á no consentir que

se quitara la vida á Martin Alonso, ya que no se premiaran sus servicios y hazañas. Noticioso el emperador del espíritu de sus tropas, cedió de su dureza, y otorgó el perdón al famoso Martin Alonso de Tamayo.

el lugar y punto que él se sirviese señalar. Carlos les hizo repetir la contestacion primitiva, sin añadir mas palabra, y prosiguió con la misma actividad la guerra, y les fué tomando otras poblaciones.

Uno de los personajes que ayudaron mas á los triunfos y prosperidades del emperador en esta guerra fué el jóven duque Mauricio de Sajonia. Protestante por convicción, pero especulador y ambicioso, calculó que saldria mas ganancioso uniéndose al emperador, aunque fuese á costa de pelear contra sus propios correligionarios, por lo menos hasta sacar el partido que se proponia, y celebró un convenio secreto con Carlos, por el cual él se obligaba á servir como fiel vasallo al César, y éste le prometió hacerle dueño de los dominios del elector de Sajonia. Ignorante el elector de este inmoral tráfico, cuando partió para la guerra dejó con la mejor fé encomendadas á Mauricio sus posesiones. Con arreglo á una inícuca estratagemata concertada entre Carlos y Mauricio, el emperador le requirió que en virtud de la obediencia que como vasallo del imperio le debia, se apoderase inmediatamente de los dominios confiscados al elector, en conformidad al edicto de proscripción cuya copia le enviaba, so pena de hacerse merecedor del mismo castigo que el rebelde elector su dendo. Fingiéndose Mauricio forzado por un mandamiento que él mismo habia sugerido, llevó adelante la supercheria, reuniendo sus estados para consultarles la manera de dar

cumplimiento al apremiante decreto imperial con el menor daño posible del electorado, y pintóles el caso con tales colores, que ellos mismos escribieron al elector proponiéndole, como el remedio mas suave y menos peligroso, que él mismo diera su consentimiento á Mauricio para que tomara quieta y amistosa posesion de su señorío.

Aunque el elector y el landgrave rechazaron con indignacion la propuesta, y trataron como á traidor y llenaron de vituperios á quien de tal manera faltaba á los principios religiosos, á la honra nacional y á la confianza de depositario, Mauricio no retrocedió, y despues de llevar el artificio hasta donde pudo, apeló abiertamente á la fuerza para la consumacion de su proyecto. Levantó cerca de doce mil hombres, y mientras el rey de Romanos con los bohemios y ~~eslavos~~ caia sobre una parte del electorado, él combatia por la otra las escasas tropas que habia dejado el elector, y se apoderaba del resto, á escepcion de algunas plazas fuertes que no pudo rendir. Semejante conducta hizo á Mauricio objeto de abominacion para todos los protestantes; y rebosando de ira y encono el elector de Sajonia por lo que á él mas especial y directamente tocaba, no pensó ya sino en apagar el fuego que estaba devorando su casa y en castigar la villanía, siquiera perjudicára á la causa comun desmembrando el ejército de la confederacion. No se atrevieron los coligados á negarle lo que

para tan justa satisfaccion pedia, y en su virtud una gran parte del ejército marchó con el elector á Sajonia, quedó otra parte para defender la alta Alemania, y muchos capitanes y soldados, desalentados con esta desercion y previendo que iba á caer sobre ellos todo el peso de la guerra en la estacion cruda del invierno, determinaron regresar á sus provincias y se diseminaron.

De aqui las proposiciones de paz hechas al emperador, y las desdeñosas contestaciones de Carlos, como quien veia quebrantada ya y como disuelta aquella arrogante liga que se habia presentado con infulas de acabar con su poder imperial y de espulsarle de Alemania. Continuó pues el emperador, como dijimos, poderándose de las poblaciones. Entre ellas se le rindieron tres importantes ciudades imperiales, Nordlingen, Rottemberg y Halle, á cuyo ejemplo se sometió Ulm, una de las mas fuertes de Suabia, y que habia sido como el centro y cuartel general de los confederados, é hizolo en tan humildes términos que el emperador con toda su severidad no pudo menos de admitirla á su gracia ⁽¹⁾. Hasta de rodillas le pi-

(1) «Nosotros, los de Ulm (le dijeron) conocemos el yerro en que hemos caido, y la ofensa que os hemos hecho, lo cual todo ha sido por culpa nuestra y de algunos que nos han engañado: mas juntamente conocemos, que no hay pecado, por grave que sea, que no alcance la misericordia de Dios, arrepintiéndose el pecador. Y por esto esperamos, que queriendo vos imitar á Dios, tendreis respeto á nuestro arrepentimiento, y nos recibireis á vuestra misericordia. Y así, os pedimos por amor de la pasion de Cristo, bayais piedad de nosotros, y nos recibais en gracia, pues nos entregamos á vuestra voluntad, con determinacion de servirlos como buenos y

dió perdon el duque de Wittemberg; y la famosa ciudad de Augsburgo se entregó bajo las condiciones que Carlos quisiera imponerle, cuidando antes de aplacarle con arrojar de su seno al valeroso y veterano Schertel, el primero que habia dado impulso al movimiento. Por este orden se le fué entregando á discrecion todo el esculo de Suabia, y hasta las ciudades que por su distancia parecian correr menos riesgo, como Strasburgo y Francfort, participaron del terror general, y no tuvieron valor para esperar á que el peligro fuese mas inmediato ⁽¹⁾.

Así, al comenzar el año 1547, y á los seis meses de campaña, en que el emperador ejerció y desempeñó hábilmente el oficio de general y mostró toda la superioridad de su genio, acabó Carlos V. con la soberbia y famosa liga de los protestantes de Smalkalde, siempre sosteniendo sin embargo, que aquella guerra no habia tenido un objeto religioso, ni de oprimir la libertad política ni la libertad de conciencia de los alemanes, sino únicamente hacer entrar en la obediencia á los príncipes revoltosos y discolos del

leales vasallos, con las haciendas y la sangre, y con las vidas, como lo debemos á tan buen emperador.»
 Con igual sumision le hablaron despues los de Augsburgo, y así las demas ciudades. La respuesta del emperador era otorgarles el perdon, sin perjuicio de las condiciones á que las sujetaba, que eran verdaderos castigos.
 (1) Ribier, Lettres et Memoires d'Etat, etc.—Sleidan, De Statu religionis.—Gamerar. Belli Smalkaldici commentar.—Hortens. De Bello German.—Avila y Zúñiga, Comentarios sobre las guerras de Carlos V. en 1546 y 1547.—Luden, Historia del pueblo alemán, continuac.—Sandoval, Hist. del emperador, lib. XXVIII.—Robertson, Hist. de Carlos V., lib. VIII.

imperio. Duramente se condujo Carlos con las ciudades rendidas de la alta Alemania, no obstante las humildes súplicas con que se apresuraron á enviarle comisionados á implorar su perdon. Entre otros castigos que les impuso, fué uno el de las multas, por la necesidad que tenia de dinero. Ulm fué multada en 100,000 escudos; Memmingen en 50,000; en 80,000 Francfort; Augsburgo en 150,000; las demas en una suma proporcionada á su riqueza, y solo el duque Ulrico de Wittemberg pagó 300,000 escudos, despues de haber entregado todas sus plazas, y sin que le valiera haberse arrodillado ante el emperador con todo su consejo. El elector y arzobispo de Colonia tuvo por prudente renunciar á su dignidad y señorío, y retirarse á la vida privada y profesar en la soledad la religión reformista, antes que esponer su iglesia y estado á las iras del emperador y del papa, y á las desgracias de la guerra.

Hubiera Carlos V. proseguido inmediatamente la campaña contra el elector de Sajonia, que habia recobrado las posesiones usurpadas por el duque Mauricio, si graves motivos no le hubieran detenido aquel invierno en Ulm. Traíale fatigado la gota de resultas de los trabajos de la guerra. Para economizar gastos habia despedido y enviado á Flandes el ejército del conde de Buren. Tenia ocupada mucha gente en guarnecer las plazas nuevamente conquistadas, y necesitaba cuidar del gobierno de las ciudades sometidas.

Por otra parte, el papa, viendo que el emperador parecia haber cuidado mas del afianzamiento de su autoridad en el imperio que de la estirpacion de las heregias y del restablecimiento del culto católico; que nada le tocaba ni de las conquistas ni de las cuantiosas multas que habia cobrado, y recelando haber contribuido ya demasiado al engrandecimiento del emperador, y que tal vez pensára en oprimir la Italia despues de tener enteramente subyugada la Alemania, dió orden á su nieto Octavio para que se retirára con las tropas de la Iglesia, lo cual se ejecutó con no poco enojo de Carlos.

Tuvo, pues, que limitarse por entonces el emperador á enviar en socorro del duque Mauricio al marqués de Brandeburgo con una division de tres mil hombres, el cual se manejó tan torpemente, que en una batalla perdió casi todos sus soldados, y él mismo quedó prisionero del elector. A tener éste mas actividad, hubiera podido apoderarse del mismo Mauricio; mas no era la energía su carácter, y tuvo todavía la debilidad de perder tiempo oyendo las proposiciones con que astutamente procuraba entretenerlo su mañoso adversario.

Paralizaba tambien á Carlos el cuidado en que le puso la famosa conspiracion que estalló por aquel tiempo en Génova (enero, 1547), promovida por Fieschi, conde de Lavagno, contra los Dorias, el príncipe Andrés y su sobrino Joannetin; una de las

conjuraciones mas misteriosas y mas terribles de que hablan las historias, que en una noche tenebrosa infundió el horror y el espanto en la ciudad y puso á dos dedos de un general trastorno la república, y que en aquella misma noche acabó con la muerte de Joannetin Doria y del conspirador Fieschi, aquel cosido á puñaladas por los conjurados, y este ahogado en el mar ⁽¹⁾. Como el senado de Génova, apenas tranquilizada la ciudad y restablecido el orden, escribiese al emperador noticiándole el suceso y pidiéndole auxilio para atacar la fortaleza de Montobbio donde se habia refugiado Gerónimo Fieschi, hermano del conde, Carlos entró en cuidado, recelando que aquella conspiracion estuviese protegida por príncipes extranjeros; y como supiese que el duque de Parma, Pedro Luis, hijo del pontífice, no era extraño á ella, ya por enemistad á los Dorias, ya por sentimiento que del mismo emperador tenia, sospechaba que el papa tampoco sería ageno á aquella trama, y que tal vez se habrían todos concertado con el monarca francés para agitar la Italia de nuevo. Por esto, y por haber licenciado ya la mayor parte de sus tropas, no tenia por prudente moverse contra el elector de Sajonia, mientras no se cerciorara de que no estallaría en otra parte una revolucion

(1) Pueden verse los curiosos pormenores de esta famosa conjuración en Sigonio, *Vita Andreae Doria*, y en la *Conjuración del conde de Fieschi*, por el cardenal de Betz.

que le distrajera las pocas fuerzas con que se habia quedado.

Mas tan pronto como de esto se aseguró, y luego que con la venida de la primavera templaron los crudos rigores del invierno, no tardó Carlos en proseguir personalmente la guerra contra el de Sajonia, incorporándose con su hermano Fernando y con el duque Mauricio, que impacientes le aguardaban, y cuyo resultado veremos en otro capítulo.